



www.loqueleo.santillana.com

Título original: ELLOS MUEREN EN SILENCIO

© 2017, Pablo María Sáenz

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-662-7

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora de Revistas, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: mayo de 2018

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustración de cubierta: José Amado Polanco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Ellos mueren en silencio

Pablo María Sáenz

loqueleg

*A mi hija Manuela con renovado amor,
y a mi querido cuñado Ricardo, celebrando
nuestra amistad profunda e inquebrantable.*

«La naturaleza no es un lugar para visitar. Es el hogar».

GARY SNYDER

*«Los árboles son los esfuerzos de la tierra
para hablar con el cielo que escucha».*

RABINDRANATH TAGORE

Ellos no se cansan de matar árboles

Trac. Brujan cierra la escopeta y se mete un puñado de cartuchos en el bolsillo. Tira de la puerta con rabia y plantado sobre sus más de seis pies de altura, observa. Apunta hacia la noche, hacia el chac, chac, chac que viene del bosque. Ese sonido lo enoja. Brujan sabe muy bien lo que allí sucede, pero nada puede hacer.

Ahora descansa su cuerpo bajo la enramada, reposando la escopeta sobre las rodillas. Erguido, casi desafiante, permanece sentado con la vista atenta a la cerca del fondo, donde la luz de luna nueva ilumina las flores del flamboyán.

—¿Qué hace allí sentado, padre?

—Nada, Santa. Escuchando. Vete a la cama que mañana tienes que ir a la escuela.

—¿De dónde vienen esos ruidos?

—Del bosque... esos desgraciados continúan talando árboles y ya verás que dentro de poco otro se queda con esas tierras —responde el hombre señalando con la cabeza.

—¿Y si después nos quieren quitar la finca? —pregunta Santa con cara de asustada.

—¡Qué disparate, muchacha! Eso no tiene por qué suceder. Estas tierras las compró tu abuelo, él me dejó el acto de venta y yo tramité el saneamiento para tener mi título como manda la ley. Así que de aquí no nos saca nadie —responde Brujan cerrando las manos sobre la escopeta—. Ve a acostarte, hija, antes de que se despierte tu hermano.

—Sí, padre.

10

Santa obedece y se retira a la habitación. Apenas se acuesta, Eloy entorna los ojos, pasa sus deditos sobre la frente de la hermana repasando la mancha blanca que ella tiene de nacimiento y, finalmente, le toma la mano. Se queda así por un rato, en silencio, espiándola con cara de dormido. Quiere estar seguro de que su hermana está allí, junto a él. Ella le hace también de madre y de punto de referencia con el mundo cuando el niño no quiere hablar.

Eloy es tartamudo. Eso les dijo la psicóloga, y Santa se puso a buscar en la Internet qué era ese asunto de la tartamudez. Aunque nunca falta el chismoso e ignorante que dice que el muchacho es un caprichoso, un privón al que le gusta que lo atiendan y por eso no se molesta en pedir las cosas. Puro disparate, piensa la muchacha, acariciando el cachete del niño mientras le acomoda la mano para que no se le acalambre durante el sueño.

Cómo puede ser que los hombres del bosque no se cansen de matar árboles, deben ser muchos los que están allí, piensa Santa. Brujan dice que si uno observa el monte desde lo alto, el bosque parece que tuviera sarna —como los perros vagabundos— por la cantidad de espacios vacíos de

árboles que hay. Aunque, visto desde acá cerca, a ella no le parece que el monte tenga aspecto de perro, para nada. Es solo un bosque con árboles y ya, uno junto al otro. Tampoco es que se haya metido para adentro más de la cuenta. Si bien la finca está contigua al bosque, ella va solo hasta el flamboyán cuando su amigo Randy la visita, porque a él le gusta quedarse del otro lado, sí, así es... Y entre cavilaciones, Santa se queda dormida.

En compañía de las estrellas, Brujan saca a pasear los pensamientos mientras su mirada vagabundea por la finca, en realidad un conuco con mejoras que su padre amplió con el paso del tiempo comprando parcelas que tenía a ambos lados. Luego, con los años, de a poco, Brujan fue ampliando la zona cultivada siempre respetando el deseo de su padre de dejar algunos árboles en pie aunque quitaran espacio para la siembra. Ellos son los que atan el cielo con la tierra y la nuestra es una tierra bendecida. Aquí hay espacio para todos, incluso para los pájaros que con su canto me alegran la mañana, les decía su padre a los vecinos cuando le observaban que era un disparate quitarle luz y espacio a lo sembrado.

11

Los plátanos y los guineos van a dar una buena cosecha, hasta los rulos gozan de buena salud y las yucas están bien crecidas. Todavía recuerda aquel portento de doscientas libras que él solito desenterró a machetazo limpio. En el pueblo decían que era la yuca más grande que jamás se había cosechado en el valle. Desenterrar aquel tubérculo le dio su buen trabajo, pero ayudar a

parir la tierra, a su tierra, fue un gusto que en esa ocasión no estuvo dispuesto a compartir. Las batatas y las auyamas van a necesitar un poco más de espacio, este año he sembrado demasiado maíz, piensa Brujan. En cambio, los aguacates esta vez sí que se apestaron con la mancha negra. Son plantas delicadas y será que él les tiene poca paciencia, será nomás... Hay que fumigarlos, no queda de otra, cavila Brujan. Hago lo que puedo y no me pongo a inventar, se sincera para sus adentros cual si se tratase de una explicación ofrecida a esos árboles grandotes, allí erguidos desde siempre que comparten espacio con los guayabos, las chinolas y los limoneros. A veces, cuando le viene la tristeza, cuando se siente muy solo, le dan ganas de volver al colmado a jugar dómينو y beber una «fría» con los amigos. Lo del prestamista y todo aquel asunto fue una desgracia, por algo dejé de apostar, pero, como sea, el tío Daniel se iba a morir y con los cuartos que me dejó pude salir adelante, recuperé la tierra, sigue reflexionando Brujan permitiéndose una media sonrisa de satisfacción.

De repente, el ruido de una motosierra le ahuyenta los pensamientos y le pone el cuerpo en alerta. Con el cejo fruncido, penetra la noche con la mirada. Dura poco el zumbido.

¡Caramba con el muchacho!

El sol está picante. Brujan alza los ojos con la esperanza de encontrar algunas nubes con ganas de bajar un poco de agua. Las perforaciones que hicieron río arriba están secando el afluente, despacito le van quitando fuerza. El canal de riego está cada vez más bajo y entre vecinos no se van a quitar el agua. Hay que administrarla, porque allí todos viven de la tierra.

—¡Eloy! ¡Eloy! ¡Vamos a almorzar, Eloy! —llama Brujan—. ¿Dónde se habrá metido el muchacho? Hasta recién andaba por aquí con el perro. Es que uno no se puede descuidar ni un instante y, para colmo, si espero que me responda, echo raíces —protesta Brujan secándose el sudor del rostro, mientras acomoda la azada al costado de la zanja para ir a buscar a su hijo. Estoy haciéndome mayor, voy a tener que buscar a alguien que me ayude, reconoce el hombre tomándose la cintura al momento de enderezarse. La hernia discal está allí y cada tanto se hace presente, aunque para Brujan la mejor forma de combatir el dolor es olvidarse de que existe, ignorarlo por completo: «La cabeza manda y el cuerpo aguanta», como

decía su padre que vivió hasta los ochenta y nueve años y jamás dejó de trabajar la tierra.

—¡Sin Cola, Sin Cola! —vocea Brujan, pero ni rastro del perro—. El muchacho tiene que comenzar la escuela de una vez por todas. No se puede pasar toda la mañana dando vueltas por la finca con el huesudo ese hasta que regresa su hermana —murmura para sus adentros.

14 Brujan entra en la casa para ver si el niño está allí. Francisca, la señora que ayuda con los oficios, está concentrada en la fritura. Una mujer de mediana edad, caderas anchas y sonrisa encendida, que atiende la casa con determinación y alegría.

—Esto ya está listo, Brujan. ¿Usted va a querer jugo?

—¿Y Eloy?

—Pensé que andaba con usted. Hace un rato me traje unos huevos del gallinero y se quedó aquí sentado dibujando, no lo hace mal el muchachito. ¡Demasiado para la edad que tiene!

—Sí, claro, pero se desapareció. Salgo a buscarlo. ¡Qué cosa, no se queda quieto por un instante!

—Vaya nomás que yo los espero para almorzar.

Brujan recorre la finca, busca al niño y al perro. Donde está uno, está el otro. Así es la cuestión. Después de unas vueltas, rumbea para el flamboyán del fondo. Es un lugar especial para Eloy, pero es imposible que el niño recuerde, piensa Brujan. No hay rastros de Eloy y Brujan comienza a preocuparse.

A la distancia, en dirección del bosque, se levanta de entre los árboles humo un blanco.

Brujan ya no sabe dónde más buscar. Queda el chiquero, pero a Eloy no le gustan los cerdos, le dan miedo. ¿No será que se fue para el lado de la carretera? Él se lo tiene dicho, bien dicho, que jamás debe salir de la finca si no es con el padre. ¡Caramba con el muchacho! Se dirige en dirección a la pista, enojado con la situación, cuando de repente siente movimiento a sus espaldas. Allí aparece el huesudo: sale del bosque bamboleando las caderas con un hueso entre los dientes. Atrás viene Eloy con una funda en la mano, acompañado de Randy.

15

—¿Pero dónde te habías metido, Eloy? ¿Qué hacías allí en el bosque? ¡Ya te lo tengo dicho! ¿Qué voy a hacer contigo, muchacho? Me preocupa que no hagas caso —dice Brujan agitando sus brazos hacia donde se encuentra el muchacho en señal de crispación, de impotencia.

Sin Cola reacciona: larga el hueso con el primer gruñido y se queda en posición de alerta. Le muestra los dientes a Brujan. Eloy se esconde detrás de Randy.

—¡Perro del diablo, es lo único que faltaba! —dice Brujan con cara de sorpresa.

—La culpa es mía, señor. Eloy salió a buscar al perro y yo luego los entretuve. No se las agarre con el muchacho.

—Él no puede hacer lo que le da la gana. Ya lo hemos hablado, Eloy. ¿Cuántas veces te tengo que repetir lo mismo? ¿Qué traes en esa funda? —lo interroga Brujan ignorando el comentario de Randy.

—Carbón, señor, como nos ayudó me parecía justo...

—¡Ningún justo! —interrumpe Brujan—. Ustedes talan árboles para hacer carbón. ¡Están destruyendo el

bosque, eso de justo no tiene nada, caramba! ¡Es lo más estúpido que hay! ¡Trae para aquí esa funda, Eloy! —ordena estirando la mano, pero es Randy quien coge la funda y se la ofrece a Brujan. Se aprecia en el rostro del niño la intención de explicar, pero el gesto se agota vacío de palabras.

—Nosotros no hemos talado los árboles, señor, se lo puedo asegurar —se defiende Randy.

16 —¿Y quién sino? Toma, llévate tu carbón y deja en paz a mis hijos —ordena Brujan luego de constatar el contenido de la funda. Randy se percata que no se está refiriendo solo a Eloy, sino también a Santa. Sin más, pega la vuelta y desaparece dentro del bosque.

—Vamos, muchacho, no te vas a quedar allí parado. —Brujan estira el brazo para indicarle que lo siga.

El movimiento confunde a Sin Cola, que comienza a tirar mordiscos al aire, y de repente se precipita sobre las pantorrillas de Brujan para morderlo recibiendo por respuesta un patada en las costillas que lo tira de lado.

—¡Noooo! —grita Eloy mientras abraza a su perro.

—Disculpa, yo no quería lastimarlo... Vamos, ya pasó, deja que te ayude —dice el hombre acercándose al huesudo sin reconocer que el perro logró asustarlo.

El niño le murmura algo al animal caído mientras el perro le lame la cara.

—A ver, Sin Cola, vamos a levantarnos, perro loco —dice Brujan con la intención de ayudarlo a alzarse jalando del collar. Eloy se resiste, permanece abrazado al perro.

—Como te parezca, Eloy, pero tú tienes que venir a

almorzar. Y el perro, cuando le dé la gana, se levantará. Vamos, hijo, ven, dame la mano. —El hombre insiste, pero no hay caso.

Brujan toma distancia por un instante.

—Bueno, veamos, si Sin Cola no se quiere alzar, yo lo cargo y nos vamos todos para la casa. ¿Qué tú piensas, Eloy? ¿Trato?

Perro y niño se observan por un instante. Luego el muchacho alza el mentón y responde al padre con la mirada; entonces Sin Cola se deja alzar. Eloy regresa a la casa agarrado del pantalón de Brujan.

—¡Que sea la última vez que sales de la finca! ¿Comprendido, muchacho? —Brujan recibe una sonrisa por respuesta.